

MONFORTE DE LEMOS

Y SU PARADOR



MONFORTE: ETERNOS LUCERNARIOS

“...Los ríos llaman por el verso. Se enriquece el relieve y la luz disfruta en la prolijidad de las constelaciones de las colinas de Lemos. Ellas cierran el sistema armonioso de las posesiones de los Pazos. Determinan vagas extensiones pastorales en las que las aguas se desperezan en los largos inviernos...”.

Ramón Otero Pedrayo, excelso y excelentísimo cronista de las Galicias primigenias y venturosos futuros

quisieron estos empinados poderíos, apoyados por noblezas, envidiosas y bastardas con frecuencia, ser amor, primero, de tierras y vasallos. Y, a no mucho tardar, nobles y exclusivos gobernantes con jurisdicción sobre tierras, haciendas y vidas sobre todos y cada uno de estos principiantes vecindarios...

Mucho antes, de estos tiempos cristianos-medievales, estarían los Monfortes habitados por otros prehistóricos pueblos: vecindarios, también con usos, culturas, ritos, religiones; artes y artesanías propias.

Fueron aquellas las tribus llamadas “celtas”: Cuando a estas estratégicas alturas amanecerían a unas primarias culturas –casi ya civilizaciones– en los alrededores del siglo VI antes de Cristo: consta que hasta aquí trajeron las técnicas precisas para las extracciones mineras del hierro y algunos otros metales. Y, sobre todo, su transformación en herramientas y otros útiles no tan pacíficos: Sabían forjar utensilios y armas. Compartían creencias místicas y ritos religiosos...

Para sus mejores convivencias y sistemas defensivos, “preferían buscar colinas o lugares elevados. En estas alturas instalaban un poblado, a modo de campamento, rodeados de una especie de corral, o modesta muralla, para su mejor visión y defensa de cualquier ataque enemigo. Cuando el poblado era más numeroso, cavaban un foso en torno al poblado para su defensa. Estos castros o campamentos celtas nunca tuvieron apretados vecindarios...”

De estas comarcas lo dejaron casi todo dicho muy sabios y bien conocedores de estos contornos: Ya Plinio lo dejó explicado: “*Estos Lemaborus tuvieron como centro y capitalidad el Castro Dactonio, justamente en este empinado otero...*” Otro tanto vendrían a afirmar otros sabios geógrafos como Estrabón, Tolomeo o Pomponio Mela: “*sería ésta una de las más importantes estaciones celtas de las galaicas tierras...*”

Mas luego, hasta aquí llegarían a amanecer los romanos ejércitos, con la inexorable consigna de someter y conquistar estas Galias, fértiles en “*oros, platas, y otros metales, necesarios para el mejor sostenimiento del Imperio...*”. Sucedían estas circunstancias de principios invasores y benéficas consecuencias desde unos dos siglos antes de nuestra Era hasta el siglo V de nuestro cristiano calendario:

Lo recuerda, otra vez, Otero Pedrayo: “*...los celtas gallegos no tenían ciudades como los iberos. Por eso nuestra Numancia no fue una ciudad, sino un monte, posiblemente, un gran castro...*”: “*Es el pueblo de la mejor fama*”, quiso dejar dicho y escrito Estrabón...

Serian estas tribus, sociedades y, sobre todo clanes: “*...una de las más*

notables estaciones celtas de aquellas Galicias. Estos pueblos alcanzaron y eligieron tales geografías y valles del río Cabe para buscar defensa, recogimiento y ejercer sus propias normas y costumbres...” Estamos hablando de unos mil años antes de Nuestra Era.

Pero no confundamos al viajero; que estos primeros moradores sí desearon unas normas de obligado cumplimiento para aquellos vecindarios, instalados inicialmente en el lugar de Dactonio, en San Vicente de Monforte; casi exactamente en el viejo castro originario.

Eran los castros campamentos fortificados en las orografías empinadas con pretensión de fortificaciones que, al modo de castillos se “...acorralaban en forma de tribus o clanes, protegidos con parapetos concéntricos, fosos y murallas con piedras construidos...” Resultaba ser así una mezcla entre ciudad y conjunto defensivo. De tal modo, que cada castro sería algo así como la fortaleza de un clan, cuya ciudad principal fue y será Dactonio, abuela eterna de estos Monfortes que siguen siendo presididos por el Monte de San Vicente.

Casi finalmente, el rey Alfonso VI quien decidiera que estos territorios merecieran la consideración de pechos y derechos de pleno señorío de “Las tierras de Lemos para que edificasen una población en lo alto y la falda del monte que llaman Castro Actonio o Luctonio...” Por esta regia gracia, se convertiría Monforte en uno de los más destacados e influyentes establecimientos celtas de todas las Galicias. Tanto que, cuando la invasión romana instalaron justamente aquí varios escuadrones de caballería, nutridos por tropas de habitantes lemosos...

Los habitantes de aquellos castros vivían, inicialmente, en casas de barro, sólo por ellos construidas: A no mucho tardar, levantadas “con las piedras que por allí abundaban. Vestían con sayos de lana o de lino. Y con capas negras para defenderse de las inclemencias de estos temerosos inviernos. Su alimentación era, obligatoriamente frugal; hacían una sola comida diaria, generalmente de carne, procedente de la caza, y con preferencia, del macho cabrío, por entonces abundoso. Bebían con fruición cerveza; guisaban y condimentaban con cualquier tipo de manteca; y comían siempre en círculo...”. “...Llevaban el pelo largo; sabían cultivar el lino y el centeno, sobre todo... Y eran muy conocedores de las artes adivinatorias.”

“...Esta raza, es muy belicosa y pronta de combate, pero es sencilla...” (Estrabón)

En la lucha usaban espadas cortas y puñales o cuchillos. Los pobladores sabían trabajar el hilado, del lino y de la lana. Sabían

construir barcos y barcas a base de palos y pieles. Y fueron notables mineros. Supieron extraer metales y manipularlos; el oro, por estos ríos abundante; el plomo, el estaño y la plata sobre todo. Y la cerámica para saber hacer vasos, ollas y otros numerosos recipientes culinarios...

“...Este es el río que llaman el Cabe que ciñe Monforte según que sabemos y luego registra la tierra de Lemos primero que el Sil Lo beba y acabe...” (Del Licenciado Molina, en 1550)

Entretanto, las Imperiales Legiones; naturalmente alimentadas por otras esclavas legiones de las conquistas obtenidas; también y muchas de estas mismas geografías implantaron sabias normas y costumbres. Unos códigos y normas comunes y comunitarias para todos y cualquiera de sus extensos imperios.

Se vería así esta Península sabiamente comunicada por vías y calzadas romanas;

entre otras razones para su mejor comunicación para el tráfico de tropas y para el mejor transporte de valiosas mercancías; Por estos contornos las codiciadas extracciones mineras: oro, plata, estaño... En otros lugares, pescados y otros varios y variopintos productos.

Se producía, a la vez, un cambio sustancial de la economía y modos de vida: decrecen las actividades ganaderas, determinantes para los pueblos celtas, a favor de las tareas agrícolas; aparecen nuevos usos y costumbres. Se siembran estos paisajes de notables comunicaciones de conocimientos y comercios a través de las portentosas calzadas romanas, conductoras de legiones invasoras pero también de nuevas creencias y desconocidas y sabias normas de comportamiento. “El Itinerari” de Antonio Caracalla cruzaba la Gallaecia por cuatro vías principales que partían de Braga a Astorga. La llamada Oriental iba por Chaves, hoy fuera de las tierras gallegas. Otra transitaba por la costa en busca de Lugo... Ya desde entonces se trazó un camino para unir Lugo con Monforte, hoy salpicado por importantes restos.

En las plazas y ciudades se establecieron tribunales locales: se estudiaban los delitos y se imponían castigos con derecho a apelación. Cada ciudad nombraba una figura de autoridad similar a la de los obispos llamada “Flamen”.

La romanización resultaría tan lenta como de escaso calado. Las culturas celtas mostraron fuertes reticencias a las novedades invasoras,

aunque sí se instauraría una desconocida organización civil y militar. La agricultura conoció importantes impulsos. La minería conocería avances tecnológicos en los procesos de extracción. Se acometieron numerosas obras de utilidad pública: puentes, murallas,



templos... Y un muy profundo imperialismo: en un idioma común, en unas leyes comunes para todos –y éste– territorios conquistados.

Y continúa el cuento y recuento de la historia “... *Las infieles huestes sarracenas arrasaron todas estas comarcas...*” Destruída la ciudad y fortaleza de Dactonio, se volvió a edificar el monasterio de San Vicente, indisolublemente hermanado al palacio de los primeros Lemos, hoy Parador de Turismo.

Pero muy tempranamente estos gallegos ofrecieron heroicas resistencias al moro invasor y prepotente, valerosamente librado por los lugares de Covadonga por un escaso ejército sabiamente mandado por el mítico don Pelayo. Con su fulminante y milagrosa victoria alcanzaría el título de rey: así nacería la dinastía astur-gallega.

Con todo, serían estas tierras fronterizas pero gallegas, las últimas tierras peninsulares invadidas por los árabes invasores. Ocurriría bajo el reinado del rey Alfonso I.

Aquella vida, era aún más dura de lo que pueda parecer. En los finales del siglo VIII gobernaban toda nuestra ibérica península tres poderes esenciales y todopoderosos. El aparentemente incuestionable de la realeza, el de la nobleza prepotente y más que frecuente levantisca. Y, desde luego, el eclesiástico, que ejercía y ejercitaba un ocultado, pero no oculto, gobierno tan escondido como eficiente. Tan es así, que tan poderosas jerarquías, como obispos y abades tenían tantas prerrogativas de gobiernos y decisiones como los nobles de las más altas alcurnias. Eran amos y señores con territorios propios de tierras y labriegos. Decidían cuándo, cómo y porqué y dónde habría que ir a una guerra, a una cruzada o cuándo era preciso atacar a vecindarios enemigos.



Y, enseguida, sería presa codiciada por el romano conquistador, aunque chocara con inesperadas resistencias de estos tozudos y ya independentistas pueblos celtas casi ya galaicos, los últimos vecindarios sometidos a las tropas imperiales.

Pero hubo más y, tal vez, mejores consecuencias acarreadas por el invasor: “*Lex Romana*” impuso a estos pueblos finalmente vencidos el abandono de los montes y montañas para establecerse en valles y llanuras:

Convivencias de paces y fertilidades a cambio de vidas difícilmente defensivas en castros tan empinados como de inhóspitos vivires...

Amanecerían bien pronto solapadas en los tiempos de esplendores romanizantes una rara corriente religiosa con tan hondas raíces que ni el propio Imperio podría someter: Era el Cristianismo, con tal poderío ideológico-religioso que hasta acabó por doblar el brazo del Imperio.

Las salvajes represalias legionarias avivarian extremadamente las creencias cristianas; dispuestas al martirio antes que entregarse a las politeístas adoraciones: Hasta el propio Olimpo de los Dioses llegó a tambalearse y, finalmente cuartearse de modo irreversible... Gracias también a los aluviones de los pueblos suevos que desde los nortes europeos irrumpirían en todos estos sures mediterráneos.

Atraídos, sin duda, por los esplendrosos

modos y modales de vida conocidos a través del majestuoso y envidioso escaparate imperial.

Aquellos “*bárbaros*” nórdicos se apercebieron pronto de que, cerca de sus fronteras, existían otras formas de vida tan poderosas y valerosas como ellos; pero con modos, modas y comportamientos, y gustos, culturas y placeres jamás imaginados.

EL CAMINO DE SANTIAGO

El siglo XI fue la fértil y abrumadora invasión de los caminos de Santiago: atrajo riadas de procesiones de peregrinos era una retahíla continua y permanente. Monjes, nobles y creyentes, incluso incrédulos, hacían cualquiera de los caminos a Santiago. Unos por promesas; otros convencidos de milagros portentosos y, no pocos feriantes de aguas milagrosas, de limosnas, y variopintas reliquias de mártires y santos cristianos.

Reliquias supuestamente auténticas de Cristo Nuestro Señor o de cualquier mártir o Apóstol... Alimento fértil de esta riada peregrinante fue el terror del llamado “*Milenarismo*”: El fin del mundo coincidiría, inexorablemente, con el amanecer del año 1000, rodeado de tremendos presagios... Reflexionando sobre las instalaciones monacales, el incuestionable Otero Pedrayo diagnostica. “...*Los cenobios de estas riberas sacras son agrícolas, de labriegos y obreros trabajadores. Por siglos, el agro gallego se rige al son de la campana. Y la mayoría de las parroquias son exclusiva propiedad de alguno de estos monasterios...*”

SAGAS DE NOBLES, INTRIGANTES PECADORES

A sí serían estas prolongadas familias que, por siglos, gobernaron estas y otras ensanchadas geografías. Quisieron y supieron gobernar unas prósperas Galicias. Con notables arbitrariedades; con palmarias injusticias. Pero también con inusitadas generosidades... Fueron magnificiosos mecenas de las artes, las letras; protectores de congregaciones religiosas. De escuelas y conventos....

PALACIEGO CASTILLO

A unque con plena certidumbre no se puede certificar, viejas pero fiables crónicas aportan luces sobre los orígenes de esta fortaleza: rodeada inicialmente por una muralla que abrazaba al castillo y aldeaño monasterio en el monte de San Vicente, presidiendo y cobijando el caserío en lo más bajo, junto a la ribera del río Cabe.

Según toda probabilidad, el castillo, hoy Parador, y monasterio estaban empinados en lo que fuera un castro celta, modificado una y otra vez por el paso de los tiempos y las guerras.

Pero sí se conserva, todavía, en la Casa de Alba, escrita en tiempos del XI conde de Lemos, don Ginés Fernández Ruiz de Castro, una “*Relación Suficientemente Descriptiva*”

“...La villa de Monforte, capital del Estado de Lemos, distante diez leguas de la ciudad de Lugo y siete de la de Ourense. Está situada en un monte peñascoso y fuerte, de donde la villa tomó su nombre. Goza de un

cielo apacible y del temperamento común del valle, padece penuria de aguas y los vecinos usan las del río Cabe para todos sus menesteres, el cual baña las raíces del monte. Sus frondosas orillas, pobladas de álamos, chopos y diferentes frutales hacen muy grata y divertida la estación de la primavera...”

Precisa el cronista que los señores de Lemos tienen otra casa, que fuera el primitivo palacio; construcciones pronto dedicadas a paneras necesarias para almacenar trigos, centenos y otros cereales, cuando los impuestos que, por entonces, se cobraban en especies. Fuera de la muralla, en sitios más llanos se instaló el grueso del vecindario; comerciantes y variopintos mercaderes, conventos y otras marginales comunidades de artesanos y otros menestrales. Y una escasa notable pero influyente población judía o judaizante.

A los principios del siglo XIII crecería muy notablemente la villa. A mucho tardar, la carcoma de los siglos, exigió la frecuente reedición del envejecido palacio de los Condes.

EL PARADOR, CAPRICHOS DE LOS LEMOS

Pero ya hoy lujosa, definitivamente remodelado, este Parador sigue ofreciendo al visitante envidiosas miradas que alcanzan un paisaje cuyos horizontes traspasan, con mucho, las geografías de estos Lemos. Por el sur se divisan casi todas las tierras de Queixa y San Mamed. Si al oeste se mire se divisan las suaves ondulaciones de Chantada, inundadas de viñedos y de la Rivera Sacra, y, casi, los límites de Lugo con Pontevedra. Y hasta por los nortes las miradas escudriñan tierras del Caurel... Se adivinan, las lindes leonesas de los Ancares, joya natural guardada y bien guardada de costumbres ancestrales y “*pallozas*” construidas y vividas hoy como sus bisabuelos milenarios...

El castillo, contaba y cuenta con una torre del Homenaje, defensivamente almenada, aunque resultara, en parte, tuerta y manca: “...*diz que se había tirado esta almena/después reconstruida; en señal de sumisión y por exigencia de los Católicos Monarcas...*” Recuerde el visitante que aquellas noblezas eran discolas por demás. Tales eran sus poderes y sus

independencias, rebeldes y resopdonas con la propia autoridad Real.

Como tantos y tantos castillos, palacios, monasterios y conventos, que la Red de Paradores está restaurando y recuperando para usos culturales y turísticos. Ortega y Gasset lo dijo mejor:



“...Los castillos parecen descubrirnos, más allá de sus gestos teatrales, un tesoro de inspiraciones que coinciden exactamente con lo más hondo de nosotros...”

De cualquier modo, el forastero hará bien en ignorar aquellos turbulentos pasados. Lo que cuenta hoy es la atención, el servicio y la calidad de este establecimiento que ofrece una sorprendente oferta gastronómica: En las habitaciones, dotadas de esmerado diseño puntual y eficaz servicio. Las estancias disfrutan con patio central envidiable y

envidioso. Y con una Dirección y recepción de singular eficacia.

DÉSPOTAS, PIADOSOS, AMBICIOSOS

Resultó la saga de los Lemos ser una estirpe cuidadosamente diseñada. Por aquellos entonces, el X conde de Lemos, urdió una hábil estrategia; como estaba geográficamente alejado de la corte supo decidir que podría acarrear al mismísimo rey hasta estas geografías y, por entonces, magnífico palacio: "...ofrecíole señuelos muy a medida del monarca."

Convirtió a Monforte en una finca y palacios cortesanos: Jardines exóticos de plantas y animales en una especie de parque al Oeste de este Parador: fuegos de artificios. Barcas y justas con playas fluviales junto a sus propios territorios; músicas y músicos... Y abundantes cacerías...

Se podría pensar que el X conde de Lemos, don Pedro Antonio Fernández de Castro, marqués de Sarria, VIII conde de Villalba, Grande de España...resulta ser tan influyente artesano. Nombrado por Carlos II,

AFINADOS FOGONES REFINADOS

Insólitos mariscos; excelentes pescadores. Carnes en guisos sorprendidos... Entre medias, pulpo de las "pulperías" de las fiestas o empanadas gallegas a poder ser al estilo de Ourense. Y vieiras y mejillones. Y carnes de estas comarcas - cualquiera- gallegas. O lampreas. Y las infantiles anguilas de estos terrenos. Y percebes; y lapas o zamburiñas. O patatas con lo que venga a cuento...

Por todos estos contornos, vaya por donde venga, al puro azar, se encontrará cariñosa acogida, amable atención y precios más acomodados de lo que suelen ser habituales en nuestras geografías: son, más bien, tratos familiares.

Desde este monumental Palacio-Fortaleza-Parador se recomiendan -según temporada- platos como las **Patatas Viajeras con Pulpo a Feira**. En realidad es plato con patatas al vapor con compañía de pipirrana de bacalao y toques de huevo.

O, si se prefiere, **Ensalada de Salmón Ahumado a la Vinagreta con algo de Yogurt**. Tal vez, las **Milhojas de Berenjenas Rellenas de Bacalao al Ajo Arriero**.

O, según: La **Sopa de Melón con Cornetes de Jamón Ibérico**. Y, justo después, **Lomos de estas Truchas**, auténticas en guiso de cebollas, patatas, algo de ajo y un leve toque de limón.

Invariablymente preside las mesas el **Pez Espada a la Parrilla**, en compañía de un especial **Pisto de Hortalizas**. O, acaso, un **Muslo de Pato Confitado Hermanado con Salsa de Frutas del Bosque**. Y, ¡cómo no! : El **Lomo de Ternera**, de las gallegas, **a la Parrilla**.

Pero hay más: **Bacalaos** "escritos" con sabias fórmulas casi secretas. La **Pierna del Cabrito Lechal**, forzosamente macerada y guisada con

virrey del Perú, resultó que su nobleza estaba gravemente hipotecada por sus disparates económicos. Parece cierto que este y otros predecesores Lemos "no estaban en situación económica muy holgada", coinciden diversos cronistas. Crónicas de aquellos tiempos, acertaron a colocar al Rey sus señuelos más gustosos; la caza, la pesca, los espectáculos y una garantía de intimidad...

Es necesario precisar que "...el Señor X Conde supo gozar de una muy refinada cultura, guiado por un sabio preceptor, que como siempre tuvieron Los Lemos..." A todo esto, los virreinos no disfrutaban de buena fama: "...se concedan para sustento y socorro de algunos nobles arruinados que, con los beneficios del cargo, enderezaban sus quebrantadas haciendas..."

bayas de enebro. El **Cochinillo Guisado al Estilo de los Condes de Lemos**.

O golosísimos y no siempre habituales postres: Filloas flameadas al calor de los mejores orujos. La **Tarta del Apóstol**, que por aquí sabe a lo que debe saber. Las llamadas "**Cañas de la Aldea**" con interioridades almendradas. Y la **Empanada, templada de manzanas reinetas**... Y así, más: **Sopa Fria de Piña, Helado de Queso**...

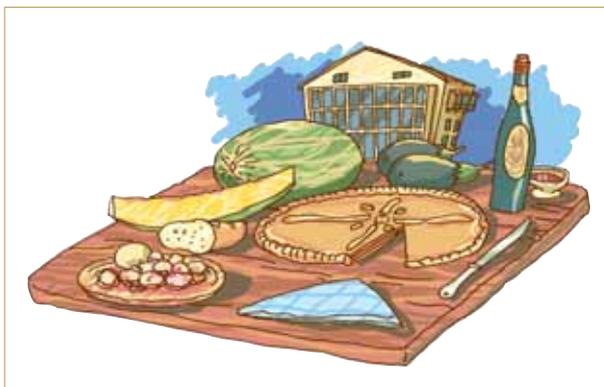
LA RECETA SECRETA

■ RODABALLO DE AQUELLA MANERA

Cualquiera de estas componendas se hacen "como siempre se hicieron". Es ésta sencilla y de infalibles resultados. Para cuatro comensales se precisa alrededor de un kilo de rodaballo; acaso medio kilo más según las apetencias de los comensales: Medio kilo de patatas, de éstas gallegas. Dos cebollas terciadas, bien picadas. Ajo lo que se preste. Y un toque de pimentón dulce: lo justo. Y que no falte, ni sobre, el aceite de oliva, por supuesto.

Será preciso cortar el rodaballo en trozos generosos, después de limpios y macerados en sal como media hora antes de ponerlos en cocción. En una cazuela se ponen a cocer las patatas, cortadas en rodajas en compañía de dos generosos trozos de cebolla. Se hierva el conjunto entre cinco y diez minutos ya con el rodaballo incorporado. La salsa se prepara en una humilde sartén; con aceite bien caliente se doran dos dientes de ajo. A poco que el aceite se enfríe se agregan unas leves salpicaduras de pimentón y se deja reposar durante un "santiamén", tiempo que no requerirá más de cuatro o cinco minutos.

El resultado estarás inevitablemente garantizado.



■ VINOS ESPIRITUALES DE AMABLES PALADARES

Entre estos Miños y estos Siles; por los sures Lucenses y los nortes Ourenseños, fertilizados por los cenobios de los más puros románicos; también reservan artesanías milagrosas cosechas vinícolas muy apreciadas pero todavía no suficientemente conocidas.

Son elaboraciones agrupadas en media docena escasa de comarcas: **Amandi**, **Chantada**, **Quiroga** y **Ribeiras do Miño**, en tierras de Lugo; y las **Ribeiras do Sil** en viñedos ourenseños. Sus reconocimientos han sido tardíos. Sería en 1993 cuando estos caldos adquirieron la garantía de Denominación de Origen, criados artesanalmente y mimados en pequeños bancales, que bordados parecen.



Los más sabios catadores deciden que son los tintos los más representativos de estas parroquias. Pero también hay blancos excelentes, sabrosos y poderosos: Frescos, ligeros y aromáticos. Los tintos son hijos predilectos de uva mencia, teñidos de rojos púrpuras, secos y afrutados.

Las bodegas son una especie de laboratorios naturales, alejados de componendas químicas, mimados por enólogos que ejercen controles de calidad fuera de toda duda... Y así más: Será oportuno dejarse guiar por los consejos de la cocina o la recepción de este establecimiento. Para mayor abundamiento, conviene probar algunos de estos caldos en almuerzos o cenas para decidir sus personales preferencias.

LA RIBEIRA SACRA: VENIALES TENTACIONES INTENSAS

El viajero que aquí esté instalado caerá, casi inevitablemente, en la venial tentación de reconocer –nunca las prisas fueron buenas– unas prietas y generosas geografías. Casi de todo hallará en este puñado de estas escasamente conocidas comarca y parroquias. Historias y naturalezas continuamente sorprendentes; costumbres y artesanías milagrosamente conservadas; paisanos abiertos y amables para con todo forastero, venga por donde quiera. Un arte sacro que, aunque no quiera, presume de las mejores trazas de exquisitos románicos. De unas gastronomías soberbias pero recatadas...

Sólo a condición del tiempo que dispone el transeúnte. Todo, o casi todo, en geografías bien cercanas a este Parador de pasados, presentes y mágicos futuros. Estas consagradas **Ribeiras** están encuadradas por los cañones fluviales del **Miño** y del **Sil**, feraces paisajes de climas, historias, leyendas, artesanías o gastronomías tan sorprendidas como la especial disposición o el quebrado curso de sus ríos.

Este conjunto de parajes –todavía escasamente conocido– sería confirmado como la “*Rivoyra Sacrata*” a los comienzos del siglo XI, por acuerdo del documento fundacional editado, en la medieval villa de Allariz, que quiso firmar la reina doña Teresa de Portugal. El **Cañón del Sil** apadrina esta sobrecogedora pero amable muestra de bellezas insospechadas y cambiantes. Sin que el viajero lo perciba en exceso, transitará de altitudes de unos trescientos metros sobre el nivel del mar hasta bien superiores a los mil seiscientos metros.

No en vano fueron estas breves pero intensas geografías las que ocuparon aquellos primeros oradores eremitas como piadosos y alejados cenobios. Por la proliferación de tantos y tantos monasterios se dio en llamar *Riveira Sacra*.

Casi al tiempo, las invasoras legiones romanas, espirituales, pero, tal vez, más sagaces, descubrieron que los cursos de estos ríos acarreaban

valiosos minerales, imprescindibles para financiar sus numerosas y anchas conquistas: Oro y plata, sobre todo; pero también otras materias primas de notable valor. Como lenguajes, músicas, tradiciones, costumbres y gastronomías y el descubrimiento de estos vinos, también sacros, que presidieron, por siglos, las más refinadas mesas de privilegiados ágapes y banquetes de los próceres imperiales.

Estos montes quebrados, compartidos con laderas pizarrosas, dan a crecer, a la vez, viñedos, ermitas y monasterios. Todavía hoy son frecuentes bosques de castaños, abundantes olivos, robles, encinas, alcornocos, jaras o madroños y hasta algún naranjo. El singular microclima propicia convivencias con faunas ya escasas en esta ibérica península, como jabalíes y lobos; conejos, algunos corzos, gatos monteses, búhos, águilas...

Estos sacromontes parajes se pueden fácilmente dosificar a modo de Rutas si así lo decidiera el viajero.

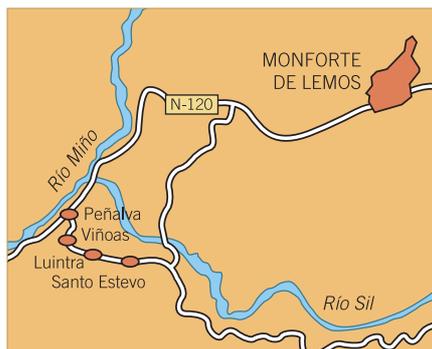
Desde **Peñalba**, al borde del **río Miño**: se puede –conviene– subir por la carretera provincial de **Viñoas** para, enseguida, ascender hasta **Luintra**, pasando por **Acevedo** y **Valdaporca**. Así se alcanzará, sin gran dificultad, **San Estevo**, monasterio casi recién estrenado como Parador de Turismo. Convendrá al viajero pedir mejores detalles para, tras cruzar el **Porto dos Carros**, admirar en “*Pardeconde*” la colegiata románica del siglo X. Desde estos panoramas se divisan las próximas tierras de Lemos: las **Sierras de O Courel**; se entreen las cumbres de **Os Ancares**, los montes Aquilinos...

Otra vez, a las márgenes del Sil: desde **Peñalba**, tomaremos la pista de los **Santos del Sil** para encaminarnos hasta el monasterio de San Estevo a través del camino llamado **Camión “da Barca”**: el único medio de comunicación disponible para alcanzar el monasterio de las tierras de Monforte.

■ Testigos de Tiempos Milenarios

Todos estos paisajes guardan sagradas muestras milenarias: lo que sigue es sólo una breve reseña de algunos de los monumentos históricos y, sobre todo religiosos, de estas proximidades:

Casa Torre "Lamela", edificada en el siglo XI.
Monasterio de San Esteban, edificado en el siglo X, con bellos claustros románicos y renacentistas.
Monasterio de San Pedro de Rocas, del siglo VI. Es notable ermita labrada enteramente de roca. Notable su campanario y las capillas. **Monasterio de Santa Cristina de Ribas**. Románico gallego del siglo IX. **Monasterio de Xunquira**. Cisterciense del siglo XII.



Tal vez resulte grato al viajero descubrir que aún perduran algunos oficios artesanos, prácticamente, en estos tiempos desaparecidos. Sin

embargo todavía por estos contornos algunos perduran, aunque sobrevivan a duras penas: Desaparecieron, casi los "Afiladores", el "Cerralleiro", correcaminos que apañaba cacharros; el Quincalleiro que de feira en feira vendía pendientes, relojes y otras baratijas... o el "Cordeiro", experto manipulador que sabía cómo hacer cuerdas a base de las crines de caballerías... pero, milagrosamente, hoy permanecen artistas y artesanos que con escasos rendimientos y excesivos esmero, confeccionan artesanías textiles, hilados, cardados a base de linos y lana. O "Cesteiros" elaborados con escasos mimbres; y alfareros, que todavía quedan.

En todo caso, pregunte y siga los consejos de la recepción de este Parador: será sin duda su mejor guía.



PARADOR DE MONFORTE DE LEMOS

Plaza Luis de Góngora y Argote, s/n. 27400 Monforte de Lemos (Lugo)

Tel.: 982 41 84 84 - Fax: 982 41 84 95

e-mail: monforte@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)

Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32

www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es

wap.parador.es/wap/

Textos: Miguel García Sánchez Dibujos: Fernando Aznar